

# ACTAS

## III Jornadas de Investigación en Humanidades



Bahía Blanca  
1 al 3 de octubre de 2009

## Cuerpos suplicados. Marcas y vacíos.

Karen Garrote  
Universidad Nacional del Sur  
[kgarrote@yahoo.com](mailto:kgarrote@yahoo.com)

*En el límite extremo del dolor  
no subsiste nada que no sean  
las condiciones del tiempo y del espacio.*

Hölderlin

### Marcar para reconocer, marcar para vaciar

En el canto XIX *Homero* nos sitúa ante una de las escenas mejor preparadas de la *Odisea*: *Euriclea*, la anciana ama de llaves y nodriza de *Odiseo*, reconoce a su señor por la cicatriz en el muslo. *Odiseo*, haciéndose pasar por un forastero recién llegado, se gana la atención de *Penélope*, quien ordena a *Euriclea* lavarle los pies al fatigado caminante. *Euriclea*, mientras prepara el agua, recuerda la ausencia de su señor, y relata al caminante cómo aquel podría tener la misma edad que el huésped en este momento, y estar también vagando por quién sabe qué lugares desconocidos. *Euriclea* comienza a reparar en el parecido de ambos, mientras *Odiseo* “*se volvió hacia lo oscuro, pues súbitamente le entró en el alma el temor de que la anciana, al asirle el pie, reparase en cierta cicatriz y todo quedara descubierto.*” (Homero, 1992:278) Finalmente *Euriclea* se acerca a su señor, y al comenzar a lavarlo “*reconoció la cicatriz de la herida que le hiciera un jabalí con sus albos colmillos, con ocasión de haber ido él al Parnaso, a ver a Autólico y sus hijos*” (Homero, 1992:278). A partir de este momento, el relato de la historia que gira en torno a esa cicatriz pasa a un primer plano, una vez que *Euriclea* la ha descubierto “*ya no existe la posibilidad de ordenación en perspectiva, convirtiéndose la historia en un presente completo e independiente*” (Auerbach, 1950:4)

El interés concreto de este pequeño recorrido, es reparar en la noción de marca como **reconocimiento**: la cicatriz de *Odiseo* permite a los otros un **reconocimiento** sobre su persona. *Euriclea* sabe, a través de una marca, quién es ese forastero.

Las marcas y cicatrices (visibles, e inscriptas en el cuerpo) hablan de nosotros, nos sitúan hasta históricamente en relación a nuestra memoria. En la infancia, por ejemplo, mostramos orgullosos aquellas cicatrices que nos plasman ante los otros en un momento de valentía, en un antes y un después de esa cicatriz. Algo se quiebra con esa marca, el tiempo ya no es el mismo. En este recorte de lo que una marca pueda, paradójicamente, “marcar” en nuestros cuerpos, se torna necesario hacer una pequeña diferenciación terminológica: **marca**, **cicatriz**, y **huella** son usadas a veces como sinónimos, pero no significan lo mismo. La definición presente en el diccionario de estos términos ya nos pone frente a ciertos matices a repensar. Define **marca** como “señal que se pone a una cosa para reconocerla: marca hecha a una res con un hierro candente”. En cuanto a **cicatriz**, leemos: “señal que queda después de cerrarse una herida o una llaga hasta quedar bien cerrada (fig.: huella que deja en el ánimo algún sentimiento pasado)”, y en **huella** nos encontramos con “señal que deja el pie o cualquier otra cosa: se ven huellas en la nieve”. Reflexionando en torno a los cuerpos me pregunto: ¿qué hace que una marca sea una marca?, ¿su permanencia?, ¿su

impermanencia?, ¿qué marca la marca?, ¿qué diferencia tienen la marca y la cicatriz con respecto a una huella, en su inscripción **física, corpórea**?. Tanto la huella como la marca y la cicatriz son señales, pero mientras la marca distingue a quien la posee (“señal que se pone a una cosa para reconocerla” cual una res marcada como perteneciente a su dueño), y la cicatriz a quien posee una marca o herida ya cicatrizada, la huella puede desaparecer (cual pisadas en la arena, o en la nieve).

La marca como distinción, ligada al concepto de pertenencia (pero de una pertenencia a un otro que impone y exhibe su poder en mi cuerpo), es en lo que deseo instalarme a partir de ahora. La pregunta lógica, si es que existe algo así como una noción de lógica en este contexto, sería la siguiente: ¿en qué momento la marca (o cicatriz) se transforma en dolor?, ¿en qué momento este reconocimiento a través de la marca rememora, no ya un momento digno de recordar, sino de olvidar?. Y cuando digo dolor, hablo del dolor del cuerpo arrasado y desbordado por una marca no querida, la inscripción de otro que se nos impone en un ritual de borramiento nefasto, en el cual lo que se intenta borrar, con lo que se intenta arrasar a toda costa, es con la humanidad que ese cuerpo marcado contiene.

Ya no es posible una *Euriclea* feliz ante el reconocimiento de su señor en este contexto: asistimos aquí al suplicio, la tortura, la aplicación de un castigo en forma sistemática y no querida con sus propias leyes internas de regulación. Asistimos a la pena impuesta para lograr un saber, una información, o la sumisión de un cuerpo al poder de otro cuerpo que se revela como más poderoso desde la lógica interna del poder y del querer más. Siempre se trata del cuerpo, y, en palabras de Foucault, de su “economía política”. Podemos, junto con él, sostener la siguiente tesis general:

en nuestras sociedades, hay que situar los sistemas punitivos en cierta “economía política” del cuerpo: incluso si no apelan a castigos violentos o sangrientos, incluso cuando utilizan los métodos “suaves” que encierran o corrigen, siempre es del cuerpo del que se trata-del cuerpo y de sus fuerzas, de su utilidad y de su docilidad, de su distribución y de su sumisión. (Foucault, 2006:32)

El poder concentracionario, que se ha ocupado a lo largo de la historia de la humanidad, entre otras cosas, de “borrar” cuerpos, busca ante todo acabar con todo rasgo de humanidad y de resistencia. El cuerpo marcado bajo este ritual (que lo borra), deviene en soporte de una técnica de sufrimiento que conlleva a una pérdida: la de todos sus derechos.

Quitar todo rasgo de identidad creando un espacio reducido en el cual se mezclan lo público y lo privado, lo político y lo biológico, separar al individuo de su entorno, reducir a los otros, siguiendo en esto a *Agamben*, a “nuda vida”, a un mero cuerpo biológico indistinguible de los demás cuerpos, se transforma en la tarea de este poder. El campo de concentración es el ejemplo más acertado en nuestro intento por plantear una de las marcas más crueles que puede sufrir un cuerpo: la de la indistinción. El campo se transforma en el albergue de la indiferenciación de los cuerpos, el individuo, la persona como persona, reconocible en sus diferencias, es separada de su comunidad, de su vida en sociedad, es entonces transformada en una persona privada, pero al mismo tiempo “no hay ni un solo instante en que le sea posible encontrar refugio en lo privado” (*Agamben*, 2001:102) Esta vida que no es vida, se transforma en un estado de excepción: la indistinción y la pérdida de derechos propia del habitante del campo. Al relatar la llegada del “nuevo” al campo, *Primo Levi* recuerda aquellas burlas y



ceremonias de iniciación impartidas al recién llegado: el nuevo tenía, todavía, marcas de su humanidad, de su hogar, de su vida **antes** de la experiencia del campo: “parecía tener todavía el olor de su casa”, una **huella de humanidad** que en breve, sería borrada.



Las marcas del campo sobre los cuerpos eran y son innumerables, y no constituyen únicamente marcas de índole físico. Lo paradójico pareciera ser, por una parte, el borramiento de las marcas de humanidad del recién llegado, y por el otro, la instauración de las “nuevas marcas”, es decir, las marcas del campo propiamente dichas. Marcas de **pertenencia** y de **reconocimiento**, pero de reconocimiento a un poder: el de un otro sobre los demás. Una de las marcas por todos conocidas en los campos de concentración nazis, era el número de serie tatuado en el antebrazo izquierdo de todos los prisioneros. Generalmente este número se tatuaba en el momento del ingreso de los prisioneros al campo. Era una operación que no duraba más que un minuto, pero era traumática, su significado simbólico, relata Primo Levi, estaba claro para todos: “*es un signo indeleble, no saldréis nunca de aquí. Es la marca que se inscribe a los esclavos y a las bestias destinadas al matadero, y es en lo que os habéis convertido. Ya no tenéis nombre. La violencia del tatuaje era gratuita, era un fin en sí misma, era un mero ultraje.*” (Levi, 2005:574) A los prisioneros que eran directamente enviados a las cámaras de gas no se los tatuaba, no se los marcaba, no eran, siquiera, un número, por lo tanto no merecían marcas, no había huella de su paso y posterior muerte en los campos. El tatuaje de los campos era un modo más de registro, así como lo fueron también las imágenes, el registro fotográfico de los prisioneros en la mayoría de los regímenes dictatoriales, incluida la Argentina.

Los suplicios y las torturas marcan e inscriben sobre los cuerpos una memoria. Esta memoria constituye, en la mayoría de los casos, una memoria de la pertenencia. Y una de las características más singulares que me interesa analizar, es que estas marcas inscriptas bajo el poder detentado a través de los suplicios y castigos físicos, en un momento u otro, forman parte de un **ritual iniciático**.

## Marcas rituales

*Foucault* habla del suplicio dentro de los sistemas carcelarios como ritual y parte de la liturgia punitiva, respondiendo a varias exigencias, entre ellas, exigencias con relación a la víctima. El ritual del suplicio, que tiene por función “purgar” el delito cometido, no reconcilia, sino que traza “sobre el cuerpo mismo del condenado unos

signos que no deben borrarse; la memoria de los hombres, en todo caso, conservará el recuerdo de la exposición, de la picota, de la tortura y del sufrimiento debidamente comprobados” (Foucault, 2006:40). Este ritual no trata de cualquier suplicio corporal, se trata de un ritual sistemáticamente organizado y que tiene por función la marcación de las víctimas, la manifestación del poder que castiga. Justamente, advierte Foucault, cuantos más “excesos” contengan los suplicios, mayormente se manifiesta la economía del poder.

Por otro lado, *Pilar Calveiro* reflexiona acerca de los tormentos como **ceremonia iniciática** dentro de los campos de concentración en Argentina. La llegada a los campos implicaba, sistemáticamente, el inicio de la tortura para arrancar la confesión, para producir la verdad a través del “quiebre” del sujeto. La tortura era, en palabras de *Calveiro* “el mecanismo para ‘alimentar’ el campo con nuevos secuestrados” (Calveiro, 2008:60) y obtener información que fuera “operativamente útil” (lo cual implicaba que el prisionero precisara datos para posibilitar la captura de personas opositoras al régimen). La tortura era el eje sobre el cual giraba la vida en el campo, y en esta persecución se arrasaba con toda resistencia de los sujetos, logrando así modelarlos y procesarlos dentro de los dispositivos del campo. Para producir al sujeto como molde, se extraía de él todo conocimiento posible, se lo hacía, literalmente, “transparente”, y en esta transparencia, a través de estos cuerpos ahora translúcidos, se procuraba acabar con el “enemigo”.

El dolor, la pérdida de las pertenencias, la desnudez, la capucha que borraba el rostro y exhibía sólo un cuerpo, eran algunos de los signos de esta “iniciación”, de este ingreso al horror que marcaba un antes y un después. Rituales del espanto sobre personas que devienen cuerpos sin mirada, intimidad ultrajada sostenida por el borramiento de toda humanidad.

*Calveiro* señala que la tortura había sido aplicada en Argentina muchos años antes de la dictadura militar, pero la creación de los campos marcó una nueva posibilidad: que esta tortura se aplicara en forma **irrestricada** e **ilimitada**. Es decir que “no importaba dejar huellas, no importaba dejar secuelas o producir lesiones; no importaba siquiera matar al prisionero. En todo caso, si se evitaba su muerte era para no “desperdiciar” la información que pudiera tener” (Calveiro, 2008:63). La tortura sistemática implicaba modalidades diferentes según el centro de detención del que se trataba<sup>1</sup>, en algunos casos, el tormento formaba parte de un **ritual purificador**, centrado no ya en obtener información valiosa, sino en el mero castigo de las víctimas, “su desmembramiento físico, una especie de venganza que se concretaba en signos visibles sobre los cuerpos” (Calveiro, 2008:66) Algunos sobrevivientes relatan estas modalidades en los campos de la fuerza aérea y la policía, donde se acostumbraba castigar a las víctimas con palos y latigazos, provocando así marcas (además del acompañamiento denigrante de la tortura sexual, aplicada frecuentemente en los hombres).

---

<sup>1</sup> El método considerado “universal” de tortura en los campos de concentración en Argentina, era la “picana eléctrica”, un instrumento de tortura “nacional”. Prácticamente la totalidad de los secuestrados pasaron por ella. Consiste en provocar descargas eléctricas en la zona de aplicación, cuanto más alto es el voltaje utilizado, más alto será el daño que provoque. Los sectores preferidos por los “técnicos” de la picana, eran las mucosas, zonas particularmente dolorosas. Hubo “variantes” de la picana, como la picana doble (lo mismo pero multiplicado por dos) y la picana automática, la cual se ponía en funcionamiento sin necesidad de la presencia de ningún interrogador, “sufrir para sufrir”, relata *Calveiro*, quebrar voluntades y marcarlas frente al vacío, frente al poder demostrado por el secuestrador.

Más allá de la diferencia de objetivos (la prosecución de información útil, o el castigo por el castigo), el procedimiento perseguía el quiebre del individuo anulando en él toda resistencia, modelar un nuevo sujeto que se adecúe a la dinámica del campo, un cuerpo sumiso a incorporar a la maquinaria. Un cuerpo marcado para desaparecer en y fuera del campo, un cuerpo signado por huellas imborrables, pruebas del paso del individuo determinado y diferenciado, al cuerpo normalizado y sometido. Un cuerpo que en estas circunstancias representaba para sí mismo una doble dificultad: la carne del cuerpo deviene un problema para el sujeto que la sostiene, las vejaciones a las cuales se ve sometido, la falta de alimento, de abrigo, llevan al prisionero a un estado de fragilidad en el cual la muerte ya no importa, y, por otro lado, observamos la voluntad que en sus ansias de sobrevivir se opone a la degradación del cuerpo. Paradoja perversa en la cual el individuo se ve engullido en tiempo y espacio: no puede siquiera decidir cuándo morir, o cuánto vivir, es la lucha contra el propio cuerpo, impedimento y posibilidad a la vez. Morir no es cosa fácil en el campo, nos señala *Calveiro*, decidir la propia muerte le está vedada al desaparecido, aquí la dificultad es la de morir, no la de vivir.

Que las marcas en nuestro cuerpo testimonien en y por nosotros, es una opción, al menos la de *Primo Levi*, quien se resiste a la conversión del hombre en animal impuesta en los campos, se debe querer sobrevivir y dar testimonio, pues para vivir “*es importante esforzarse por salvar al menos el esqueleto, la armazón, la forma de la civilización*” (Levi, 2005:64). Pero la marca testimoniante opera, quizás, y por momentos, un modelo de cuerpo como mero soporte de la memoria de un horror. Mi pregunta es qué queda detrás de ese cuerpo marcado que habla sus silencios, que se ahoga en los vacíos de una historia que muchas veces quiere ser silenciada, y muchas otras vomitada. La memoria de las marcas es la memoria de un vaciamiento. Se trata de hablar de un cuerpo que inscribe, a través de sus marcas, la imposibilidad de un relato que quede como memoria. La memoria grabada en el cuerpo, en la carne, como marca imborrable del arrasamiento de lo humano, más humano. La carne está allí para hablar su presencia.

*Cuarenta años después, mi tatuaje forma parte de mi cuerpo. No me vanaglorio de él ni me avergüenzo, no lo exhibo ni lo escondo.*

*Lo enseño de mala gana a quien me pide verlo por pura curiosidad; lo hago enseguida y con ira a quien se declara incrédulo. Muchas veces los jóvenes me preguntan por qué no me lo borro, y es una cosa que me críspa: ¿por qué iba a borraréme? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio*

Primo Levi; *Los hundidos y los salvados*

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2001), *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Ed. Pre-Textos.  
Auerbach, Erich (1950), *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, Capítulo I: *La cicatriz de Ulises*, Méjico, FCE.  
Calveiro, Pilar (2008), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.  
Foucault, Michel (2006), *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

Homero (1992), *Odisea*; Buenos Aires, Losada.

Levi, Primo (2005), *Los hundidos y los salvados*, en: *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, El Aleph.